

cómo se construyó su discurso y cuáles fueron los agentes sociales que lo promovieron, aunque se intenta un acercamiento a su implantación, por medio del estudio de la identidad de los emigrantes vascos a América o de las visiones sobre Vasconia de los viajeros extranjeros.

Tal vez se podía haber completado el análisis de los diversos aspectos analizados en el libro citando más bibliografía auxiliar. Entre ella cabría mencionar algún libro de gran interés para el tema que –quizás en este caso por haber estado preparado el manuscrito antes de la aparición de este volumen– no se ha utilizado, como el de Ángel García-Sanz, Iñaki Iriarte y Fernando Mikelarena sobre *Historia del navarrismo (1841-1936). Sus relaciones con el vasquismo* (Pamplona, 2002). Por último, como déficit no achacable a la autora sino a la edición, hay que señalar la ausencia de una bibliografía final y de un índice onomástico, que hubiera resultado de gran interés, teniendo en cuenta la gran cantidad de datos y de nuevos enfoques que aporta el libro.

Pero, independientemente de estas posibles mejoras, nos encontramos con un libro importantísimo en la historiografía vasca actual, tanto por la actualidad del

tema como por la novedad de su planteamiento, la variedad y exhaustividad de las fuentes utilizadas y las interesantes conclusiones a las que llega. Hay, además, un último aspecto que merece la pena destacar, ya que los historiadores somos también hijos de nuestro tiempo y vamos reescribiendo la historia en el contexto histórico, social, político e ideológico que nos ha tocado vivir, con el peligro que ello supone. Así, en el momento actual, en que la historia en el País Vasco se usa cada vez más como arma de combate, muchas veces sin acudir a las fuentes o utilizándolas sesgadamente, sorprende favorablemente que este libro –a pesar de abordar un tema que podía haber sido polémico– lo haga con un tono ecuánime, riguroso y científico, alejado de todo *presentismo* historiográfico.

SANTIAGO DE PABLO

***El siglo de Euskadi. El nacionalismo vasco en la España del siglo XX***

José Luis de la GRANJA SÁINZ

Madrid, Tecnos, 2003, 396 pp.



La editorial Tecnos nos presenta un nuevo trabajo de José Luis de la Granja en el que se recogen investigaciones de este autor sobre el desarrollo del nacionalismo vasco desde la época de su fundador Sabino Arana y a lo largo de todo el siglo XX. Con estos trabajos culmina el autor, de momento, su aportación al conocimiento, análisis y valoración histórica de este movimiento que se ha convertido en actor principal de la historia vasca del último siglo.

José Luis de la Granja, catedrático de Historia contemporánea en la UPV-EHU es, si no el padre, sí uno de los padres de la historiografía sobre el nacionalismo vasco. A él se debe, reconociendo, como lo hace él mismo, el papel fundamental del profesor Javier

Corcuera en el análisis de la ideología nacionalista en sus mismos inicios, el fundamento sólido de la investigación histórica sobre el nacionalismo vasco.

El autor presenta esta obra suya precisamente en el entorno temporal en el que se cumplen cien años de la muerte del fundador del nacionalismo vasco, Sabino Arana. Estimo que es una de las mejores maneras de celebrar ese aniversario dedicándole investigación histórica, al propio fundador y al movimiento que él inició. Creo que es una forma de celebrar ese aniversario más adecuada que el recurso retórico a su figura para legitimar apuestas radicales con desconocimiento de la misma historia, de los problemas y contradicciones de su pensamiento y del movimiento al que dio nacimiento, y de las hipotecas que, debido a ello, dichas apuestas implican.

Leer estos estudios sobre la historia del nacionalismo vasco es también una manera práctica, adecuada y eficaz de ejercer el diálogo que tantas veces se predica entre nosotros en vano. Un diálogo que si quiere ser práctico y eficaz debe empezar por escuchar a los demás, aprender de ellos, y no esperar, con mayor o menor paciencia, a que nos den la razón, aunque sea al amanecer del último día.

El profesor De la Granja presenta en este libro trabajos que analizan lo que supone la presencia del nacionalismo vasco en la España del siglo XX, desde estudios de la ideología de Sabino Arana, estudios que se adentran en el análisis y la valoración de sus trabajos literarios, a través de los momentos clave de la historia española y vasca en el siglo XX, hasta la situación actual.

No pretendo en este breve comentario ofrecer un resumen de todos estos análisis. Me reduciré a comentar algunos aspectos que me parecen especialmente importantes. Y quizá lo primero que convenga decir, para mantener la adecuada perspectiva histórica, es que la historia vasca desde finales del siglo XIX no se reduce a una historia del nacionalismo, considerando a éste como único actor de esa historia, y el resto encasillado en el papel secundario de reacción. Hay otros actores de la historia vasca, como el socialismo, el comunismo, la reordenación de la derecha monárquica, el carlismo, de forma que es preciso hablar, como lo hace el profesor De la Granja, de un escenario polimorfo en el que el nacionalismo la mayoría del tiempo ni siquiera es mayoritario.

Escribe el profesor De la Granja que Sabino Arana

funda la doctrina del nacionalismo vasco basándose en una historia inventada. Esa afirmación es cierta en lo que a las cuatro batallas supuestamente históricas presentadas por Arana se refiere. Es cierta también en cuanto a la referencia a las instituciones forales como constituciones primitivas de los vascos, dando al término constitución el sentido y el significado adquirido en las democracias liberales y parlamentarias. Es cierta la invención cuando Arana quiere leer en las instituciones forales una soberanía originaria.

Reconocer la verdad del carácter inventado de la historia sabiniana no es óbice para recordar que la invención de la historia es algo común a todos los nacionalismos, incluidos los nacionalismos de Estado, como nos lo han recordado Anderson, Hobsbawm y otros. Ya dijo Renan que todas las naciones se fundamentan en el olvido, que es otra forma de decir que inventan la historia. Y para los casos más cercanos cabe recordar a José Álvarez Junco y a Sisinio Pérez Garzón.

El problema real de la historia inventada por Sabino Arana radica en que se ha establecido como impedimento para lograr una integración mínima entre la historia inventada y la historia

real, que es causa y reflejo al mismo tiempo de la incapacidad del nacionalismo de integrar la sociedad en la que se instala, de la incapacidad de hacer las paces con el resto de elementos que configuran el escenario político polimorfo vasco.

Una tercera afirmación fundamental del profesor De la Granja en este trabajo es la del inmovilismo ideológico del nacionalismo aun en medio de todas sus luchas intestinas. Se ha convertido en un tópico referirse al nacionalismo y a su evolución tomando como referencia la imagen del péndulo que se mueve entre dos polos (De Pablo / Mees / Rodríguez Ranz: *El péndulo patriótico*). Y es cierto que, empezando con el mismo Arana y su etapa institucional, y especialmente con su giro españolista, pasando por la exigencia de un programa político del incorporado De la Sota, la expulsión de Luis Arana, distintas formulaciones de Kizkitza, los Eleizalde, Landeta, Sarriá, la escisión en Comunión y Aberri, la llamada doctrina Agirre, la misma ponencia política de Iruña y la definición institucional del nacionalismo con el Lehendakari Ardanza, ha habido múltiples momentos en los que el nacionalismo vasco ha dejado de lado la radicalidad para practicar un planteamiento

institucional y democrático.

Pero la tesis del profesor De la Granja es que el nacionalismo, en todos esos momentos, nunca renuncia a su formulación radical, y que en situación de duda, termina siempre decantándose por ella. La posición oficial actual del nacionalismo vasco es, probablemente, una buena confirmación de la tesis. Pero, sin negar la corrección de la misma, es necesario subrayar la posibilidad de una interpretación complementaria y matizadora: en el nacionalismo vasco está presente, desde su mismo inicio, la posibilidad de una formulación distinta y que invita a no convertir la historia en un proceso predeterminado, unívoco y necesario. Aunque sea preciso reconocer que la formulación distinta, alternativa, presente como posibilidad real en la propia historia del nacionalismo vasco, no ha cuajado en el interior del PNV como una propuesta articulada.

Para terminar este comentario quisiera referirme a otras dos ideas que desarrolla el profesor De la Granja y que creo que debieran dar mucho que pensar al nacionalismo vasco. Ambas ideas están estrechamente relacionadas. La primera es la de que el nacionalismo vasco se ha modernizado y renovado siempre que ha optado

por su participación y colaboración en un proyecto democrático en y para España. Dos ejemplos de ello son la Segunda República —como bien recuerda Indalecio Prieto, el Estatuto estaba ya encaminado antes del alzamiento de Franco, antes, por lo tanto de que el nacionalismo vasco se alineara con la República—, y la transición a la democracia tras la muerte de Franco.

Y la segunda idea, que parece una concreción de lo anterior, es lo que el autor denomina los dos errores de Estella. Ambos errores están constituidos por dos momentos históricos en los cuales el nacionalismo vasco opta por alinearse con los partidos o movimientos antisistema. El año 1931 es el carlismo a quien el nacionalismo elige como coaligado para plantear su proyecto de Estatuto. El coaligado era ya un partido antisistema, y el proyecto de Estatuto de Estella del 31 contenía elementos que lo colocaban fuera del sistema vigente de la República.

El año 1998 es Batasuna / ETA, antisistema donde los haya, el que es elegido por el nacionalismo vasco como compañero de viaje en el acuerdo de Estella. En ambos casos el nacionalismo vasco fracasa rotundamente. En ambos casos el nacionalismo vasco reniega de sus esfuerzos de renova-

ción y modernización, que como analiza el profesor De la Granja, siempre han ido de la mano de la participación en la apuesta democrática de España.

En ambos errores de Estella, en ambos fracasos juega un papel fundamental la incapacidad del nacionalismo vasco para aceptar que los vaivenes de la historia han conducido a que desde finales del siglo XIX la sociedad vasca posea una representación política polimorfa que afecta a su misma comprensión: socialista (industrialización, liberalismo, principio de ciudadanía, Estado de derecho), nacionalista (Euskadi patria de los vascos, diferencia lingüística, cultural e institucional frente a la homogeneización del estado nacional y de la modernidad industrial) y derecha monárquica (diferencia institucional sin interpretación nacionalista, modernización capitalista, tendencia al centralismo).

Del segundo error de Estella se deriva la situación actual del nacionalismo vasco, y en consecuencia, de la sociedad vasca: la puesta en cuestión del pacto social y político que constituye a Euskadi como sujeto político, la puesta en cuestión del Estatuto de Gernika. El profesor De la Granja analiza también esta situación desde la perspectiva histórica

apuntada brevemente en las líneas que preceden.

El segundo error de Estella, la apuesta del nacionalismo tradicional por la compañía del movimiento antisistema Batasuna-ETA, desdiciéndose de la apuesta por el Estatuto de Gernika, por el pacto, por la participación y colaboración en el proceso democrático español, y así desdiciéndose de su propia modernización, viene causado por la falta de una articulación sólida de una formulación alternativa del nacionalismo vasco, distinta a la tradicional. Los atisbos de renovación que ha habido no han pasado a formar parte del corpus doctrinal del PNV, que los ha considerado mera táctica.

Este resultado pone de manifiesto, a mi entender, la importancia de esa articulación a partir de los elementos mismos que están presentes en la historia del nacionalismo. Y este resultado pone de manifiesto que el debate necesario hoy en la sociedad vasca para su futuro es sobre el debate que debe conducir el propio nacionalismo en su interior para su propia reformulación. Porque el nacionalismo vasco ha sido incapaz de ello, porque lo ha ido posponiendo, porque ha caído en la trampa de creer que los esfuerzos en esa dirección eran meramente tácticos, a pesar de ocupar el poder que

sólo tiene sentido para un nacionalismo reformado, impone un debate falso al conjunto de la sociedad vasca, traslada a la sociedad vasca una posible mutilación de ella misma por no querer afrontar su propio debate interno. Un debate inaplazable por amor a la sociedad vasca en su conjunto, pero también inaplazable por amor al mismo nacionalismo vasco que tiene que recuperar lo mejor de su propia historia.

JOSEBA ARREGI